

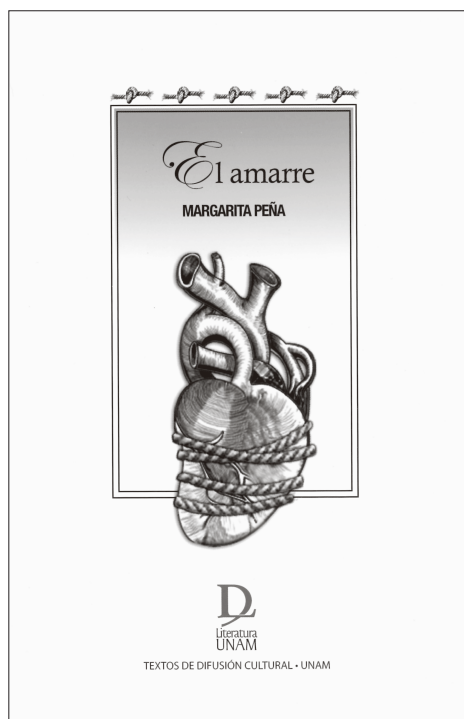
Rituales del amor y la pasión

Anamari Gomís

De académica estrella a una escritora muy original, poseedora de varios recursos narrativos, Margarita Peña acaba de publicar una novela inteligente, divertida, con sus muchos misterios y cuyo tema es, al mismo tiempo, el amor y el desamor, amarrados uno al otro, cosidos con el mismo hilo. No en vano decía Jacques Lacan que “amor es dar lo que no se tiene a quien no es”.

Casi de una sentada leí *El amarre* y no porque la anécdota intrigante me retuviera, aunque la hay a cada rato, en cada capítulo, en cada paseo de su protagonista por las ciudades más subyugantes del mundo. Me resaltaban, más que nada, los intrínsecos de la naturaleza humana, el “amarre” que vivimos con otra persona, sin necesidad de hechizos durante largos pasajes de nuestra vida o para siempre, como parece ser el caso de los personajes principales del libro, el ingeniero Alonso Mendizábal y su “asistente”, al principio una joven abogada, Miranda, que acaba de salir del “hachazo de un adiós tremendo”, como la Dido de Rosario Castellanos, en su relación con un tal Ricardo. El conocimiento de la esencia masculina y de la femenina resultan notables por parte de la autora y no le queda a quien lee más que advertir que, como los caracteres, también recibe una instrucción del arte de amar o del arte de conformarse.

Margarita Peña ha planteado, pues, un *Bildungsroman*, una novela de educación sentimental, así que el encuentro con el coprotagonista, Alonso, no se hace esperar. La joven Miranda, que ha pasado su vida en un pequeño pueblo, experimenta una felicidad de luces artificiales, por demás intensas, con el ingeniero Mendizábal dentro de un jacuzzi. A partir de ese momento, Miranda decide que Alonso es el hombre de su vida y le solicita a su nana, Ña Carmela,



que los mantenga “amarrados” con sus poderes y sus conocimientos mágicos. Y el amarre se lleva a cabo.

Impetuoso, narcisista, ambicioso, Alonso se lleva a Miranda en calidad de “secretaria” por varios lados del planeta, donde él participa en afamados congresos e ilumina al mundo con sus conocimientos sobre construcciones con función social. El hombre sabe, domina el tema y de Brasil a Inglaterra, de allí a Venecia y luego a Alemania, enseña, se acuesta con todas las mujeres que puede, aunque sigue “amarrado” a Miranda. Ella, nada remilgosa, fatiga otros amores, sobre todo en Venecia, y literalmente se bebe el gran arte europeo, que comienza a ser parte de la textualidad, con enorme sabrosura, sin la más mínima petulancia. *El amarre* nos participa historias de amor, de desencuentros, de ensalmos y bebedizos, y la belleza se une también, como un rema-

nente de lo erótico mediante la estética: las catedrales como la de Estrasburgo, la voluptuosidad del arte veneciano, los cuadros de la Tate Gallery en Inglaterra, la ciudad de São Paulo que parece un Klee, según Miranda; la mezcla arquitectónica del Berlín oriental y del occidental, la pintura romántica alemana, etcétera.

En la Venecia casi enlutada por las sombras del cercano invierno, destemplada por la lluvia y el agua que salpicaba de los canales, más o menos cerca del Puente de l'Accademia, en el *vaporetto* que los traía de regreso de la Isola San Giorgio, Miranda fantaseaba con la posibilidad de quedarse, perfeccionar el italiano, encontrar un trabajo de guía de turistas; dibujar las cúpulas de la basílica; las arquivitres, la planta en cruz, el baptisterio, las puertas labradas, la capilla Máscoli, el altar de la Virgen; a los tetrarcas Diocleciano, Máximo, Valeriano y Constancio esculpidos en pórfido (p. 115).

Justamente en Venecia conoce a un hombre que la apasiona, mientras Alonso se dedica a sus congresos y enseñanzas de gran ingeniero y se olvida de ella. Pero que esta parte la descubra y la goce el lector(a) por sí mismo(a), como la entrada a La Strega, una tienda de conjuros con la que la protagonista se topa en el laberinto de las calles venecianas. He de decir que en todos los lugares donde Alonso y Miranda se quedan, siempre amarrados, ella consigue tratos mágicos con psíquicos y brujos, con sanadores y con un extraño arlequín. Porque, a pesar de todo, y aunque una parte de ella la acicatee a romper con la pareja, otra se lo impide y busca la unión. ¿No es así la codependencia, aunque no exista encantamiento de por medio?

La soledad la empuja a pensar en sí misma: la soledad en Río de Janeiro, en Londres, en Venecia, en Berlín, claro que siempre en aras del “otro”, del que la contiene, le hace el amor, el amado tormento. Miranda es un animal con hambre de mimos, de compañía y de arte. Alonso busca el triunfo a toda a costa, a costa de quien sea: de la hija que ha dejado en México, de su lejana esposa, de Miranda, quien, como él mismo reconoce, lo acompaña en las buenas y en las malas.

Con una escritura impecable, la novela trata de los descubrimientos de Miranda, de la mirada artística, de la necesidad de la pareja y de hechos imposibles o extraordinarios como la mujer alemana, la dueña de donde habitan Alonso y Miranda en Berlín, que habla al revés y convoca en su casa extraños rituales seguramente diabólicos.

Obligada por la necesidad, ya que Alonso la ha dejado varias semanas en Berlín para irse a España, Miranda comienza a vender sus dibujos y le va bien. Se vuelve independiente en este renglón y además se transforma en la narradora de la novela, mientras Alonso pasa de la coronación, como descubrió Bajtin en sus estudios sobre la Baja Edad Media y el Renacimiento, al destrozamiento total. España resulta para él la

debacle y, cómo no, si se lía con una aristócrata vengativa que pasó de las filas de izquierdas del PSOE a las de tufo fascista del PP.

Con los años, la pareja parece solidificarse, Miranda piensa en asuntos que con la edad se entrometen en el pensamiento. Para no contar la historia o parte del final, sepa el futuro lector o lectora, y a todos los conmino a que lean *El amarre*, que Miranda guarda un especial gusto por lo espejos. Veamos:

Espejos como los que —según tengo ordenado en mi testamento— habrán de descubrir por dentro mi féretro, magnificándolo para mí misma.

Y ahora que lo pienso, el ataúd debería ir forrado también por espejos en el exterior. De esta manera el yerto cadáver se reflejaría en las lunas interiores en tanto que la superficie del féretro, a su vez, reproduciría la tierra que lo envuelve en una suerte de ilusiónismo óptico, de juego inevitable que vendría a prolongar si no la vida, sí mi gusto por lo lúdico, por los laberintos físicos, geográficos, existenciales (p. 180).

Con estas rarezas, pero con su estallante amor por la vida, Miranda se convierte de inmediato en un personaje que a mí me gustaría como amiga en la vida real, como le

ocurre a su amiga Eva. Por donde pasa, Miranda deja un grupo solidario de amistades o de amores, ya sea en las bibliotecas a la búsqueda de los significados de los laberintos, en las nieves del Tirol durante el invierno, en una tienda esotérica en Berlín o donde sea.

Una vez que el narrador omnisciente del libro, que es la autora, según nos dice con claridad Miranda, le da la palabra a la protagonista, “ya que no ha tenido más remedio que aceptar mis exigencias” (p. 160) se la conoce y se la siente como un reflejo casi propio. Más adelante, Alonso también narrará algunos capítulos. Se le permite tomar el timón de la novela cuando ya ha perdido todo glamour y todo poder. No cuento el final. Para Miranda, la vida hay que probarla como llega, *carpe diem*. Para el lector(a) se ha presenciado el camino de lo gratamente novelesco, la profusión de historias, las voces de los protagonistas y la sorpresa constante de la forma en que se *amarra* los sucesos, el erotismo y el difuso y ambivalente concepto del amor. **U**

Margarita Peña, *El amarre*, Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Difusión Cultural/Dirección de Literatura, México, 2011, 261 pp.



Amarres



© Johnny García